

PUEBLOS
INDÍGENAS
de Venezuela

Yanomami



El acervo de creencias yanomami cautiva a sus estudiosos
Riqueza mitológica para el asombro

De cada gota de sangre de Luna nació un yanomami,
según la historia de este pueblo del Alto Orinoco

Quienes comienzan a conocerla no cesan de asombrarse, pues nada tiene que envidiarle a las grandes mitologías occidentales.

Las creencias ancestrales se traducen en costumbres que se han preservado y que forman parte de la esencia cultural de este pueblo amazónico.

Según el especialista de la Universidad del Zulia, José Enrique Finol, los mitos de un pueblo suelen ser vistos como contradictorios por quienes miran desde afuera.

“El mito aparece finalmente, no como un proceso que resuelve las contradicciones y las diferencias, sino como un modo de vivir con ellas”, explica el experto en su artículo ‘La semiótica de los orígenes y la estructura cultural en el relato místico yanomami’ publicado en la revista *Antropológicas*, editada por la Universidad Fernando Pessoa, de Portugal.

En otras palabras, igual que los demás pueblos del planeta, los yanomami tienen su repertorio de historias

para explicar por qué son como son y por qué actúan como lo hacen.

Los orígenes

Entre los numerosos relatos que explican el comienzo de la vida, los yanomami tienen varios que se refieren al origen de diversos animales como el jaguar negro, las serpientes, las hormigas, el cachicamo, los peces, los coatís, las flores, los cochinos de monte, el puerco espín y las perezas. También hay una referencia al origen de la noche y el de las aguas celestiales y terrestres.

Las creencias ancestrales se traducen en costumbres que se han preservado y que forman parte de su esencia cultural

Los yanomami cuentan con su repertorio de historias para explicar su manera de ser





Incestuosos arrepentidos

Luego de aquella peculiar génesis, en la que fue necesaria la preñez de un hombre, los yanomami toleraron las relaciones sexuales entre padres e hijas, yernos y suegras, hermanos y hermanas. Sin embargo, a partir de un momento no bien precisado en la historia, han desarrollado un radical rechazo al incesto.

De acuerdo con la mitología, este cambio se debió a que quienes practicaban este tipo de relaciones incestuosas perdían su condición humana y se convertían en ciertos animales.

Un grupo, llamado yawerewë-teri disfrutaba especialmente de las relaciones íntimas entre personas de la misma familia.

Las tenían los hijos con sus madres, los varones con sus hermanas, las hijas con sus padres y los yernos con las suegras. Entonces comenzaron a transformarse en perezas.

De pronto, en el lugar donde habitaba ese clan de los incestuosos hubo tantos de estos animales que no cabían ya en las ramas de los árboles y andaban arrastrándose por los suelos.

Otro relato se refiere a Hewëriwë, conocido como el yerno incestuoso. Este personaje y su suegra hicieron toda clase de maniobras y trucos para fornicar.

Cuando consiguieron su objetivo, ella se transfiguró en un oso hormiguero y él en un murciélago. No por casualidad, estos dos animales se encuentran entre los que los yanomami casi nunca comen.

Como en muchas otras religiones, estas metamorfosis constituyen una forma evidente de castigo, el retroceso a una etapa superada, pues los hombres, antes de serlo, eran animales.

En tiempos más modernos han surgido algunas dudas acerca de la posibilidad de que quienes incurran en incesto terminen convertidos en perezas, osos hormigueros o murciélagos. Para los yanomami de hoy en día, el mito tiene un valor simbólico. Pero se ha sembrado profundamente la convicción de que los infractores quedarán en evidencia ante los demás. Se sabrá cuando mueran y sus cuerpos, colocados sobre la pira funeraria, se nieguen a arder. "Los ojos quedan intactos en medio de la candela", indican las narraciones que transmiten los shapori.

Ni siquiera éstos se salvan de los efectos terribles del incesto.

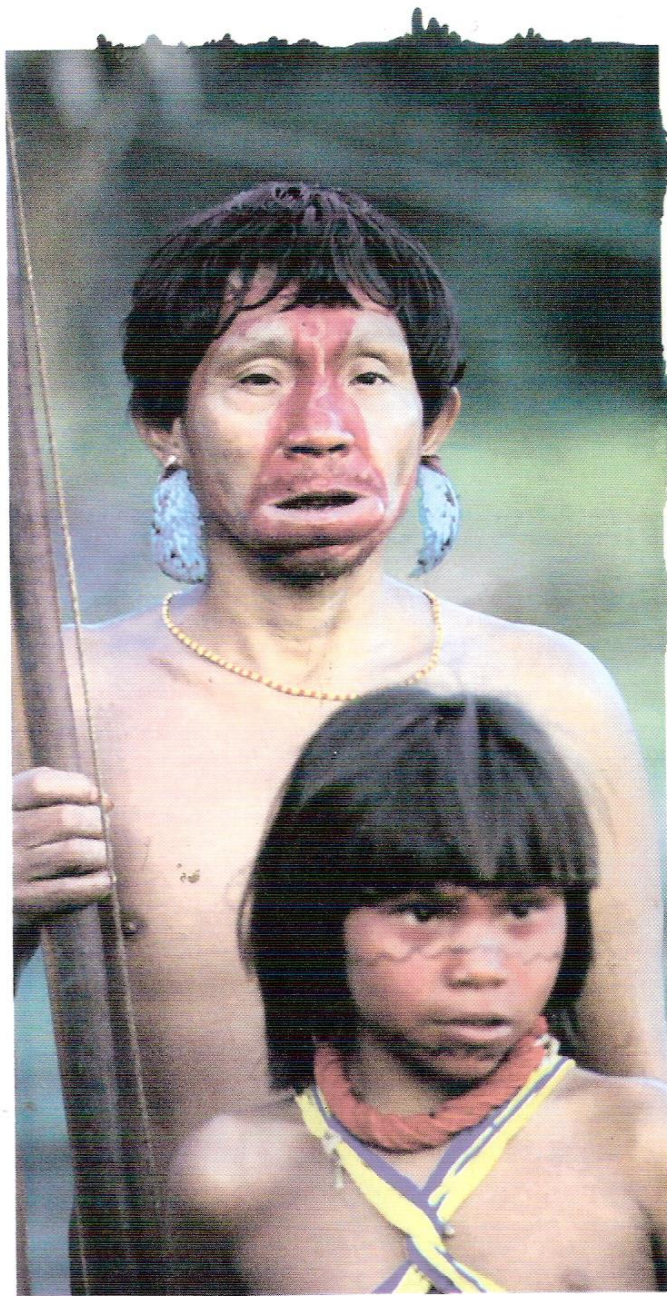
Tal fue el caso de Makokoiwë, un joven que recién se había iniciado como shapori, pero perdió rápidamente sus poderes por haber desobedecido la prohibición.

Los espíritus buenos, llamados hekura, que residen en las montañas, habían descendido y entrado en el pecho del nuevo shapori, dotándolo de sus capacidades para relacionarse con los otros mundos y sanar enfermedades. Pero, debido a la relación sexual de Makokoiwë con una mujer de su familia, huyeron de nuevo hacia sus refugios.

Los antropólogos consideran que este sistema de creencias es el mecanismo que ha desarrollado la cultura yanomami para establecer límites en las relaciones y garantizar la preservación del linaje. En esto, el pueblo del Alto Orinoco no se diferencia especialmente de la mayoría de las culturas del planeta, que también condenan el incesto.

Es la manera de evitar una excesiva concentración de las relaciones en el seno familiar, con los consabidos riesgos para la salud de los descendientes. También es una forma de garantizar la expansión geográfica del pueblo y el logro de alianzas con otros grupos.

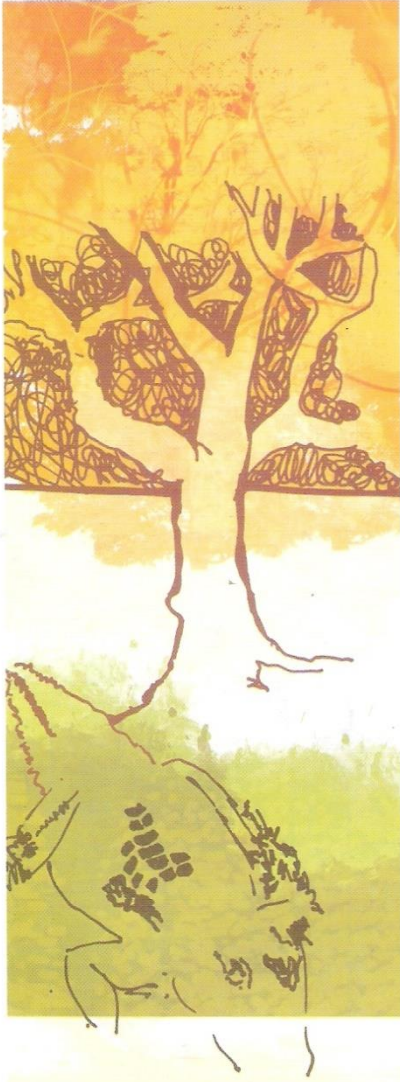
La prohibición del incesto es una de las bases del sistema de relaciones sociales y hace sentir a cada individuo que debe aceptar unos límites para asegurar la perpetuación de su especie.



Los yanomami desarrollaron un radical rechazo al incesto, pese a una historia fundacional donde éste tuvo un valor crucial

Quienes practicaban este tipo de relaciones incestuosas perdían su condición humana y se convertían en ciertos animales

El fuego y la sangre



Los primeros yanomami eran inmortales, pero dejaron de serlo porque les robaron el fuego a dos animales que lo poseían en forma exclusiva, el caimán y la rana

Otra gran historia yanomami, la referida al fuego, tiene también sus raíces en la más remota antigüedad.

Según esta memoria, los primeros yanomami eran inmortales, pero dejaron de serlo porque les robaron el fuego a dos animales que lo poseían en forma exclusiva, el caimán y la rana. El caimán, tras sufrir el despojo, condenó a los hombres a tener una vida limitada en el tiempo.

El robo fue producto de una cadena de acontecimientos en los que participaron varios animales. El pájaro bobo aprovechó un descuido, arrebató las llamas de la boca de amana, el caimán, y huyó. Fue perseguido por la rana, quien estuvo a punto de alcanzarlo cuando, providencialmente, logró pasar la candela al pájaro conoto. Éste lo colocó en la rama de un árbol donde fue encontrado por los hombres.

Antes del robo del fuego, los yanomami comían todo al natural. Después de haber incorporado ese elemento a su vida, se hicieron enemigos de los alimentos crudos. De hecho, en

la actualidad está prohibido comer carne que aún tenga alguna parte roja. Creen firmemente que quien lo hace se enfermará gravemente y, de seguro, morirá.

Esta fe en el fuego contribuye notablemente a completar la estructura de la sociedad yanomami. El elemento marca la diferencia entre la mortalidad y la inmortalidad, lo cual introduce en la religión de este pueblo la noción de que los seres humanos están conformados por un cuerpo y un alma.

El fuego es la clave para lograr la supervivencia del alma cuando el cuerpo muere. Esta creencia ha determinado que el rito funerario se base en la cremación.

También se le rinde culto al fuego a través de la preferencia por la comida asada y del consecuente rechazo a la carne cruda o poco cocida.

El antropólogo Jaques Lizot, uno de los más exhaustivos estudiosos de este pueblo, apunta que los yanomami dividen los alimentos en dos grupos: por un lado los vegetales –

denominados nii— y por el otro la carne —llamada yaro— y el pescado —nombrado yuri—. Yaro y yuri siempre deben consumirse bien cocidos o asados y acompañados de vegetales.

El rechazo a la carne cruda está muy vinculado a la repulsión por la sangre, otra de las características culturales del pueblo yanomami.

Esta actitud tiene dos expresiones bastante diferentes aunque su origen sea el mismo. Por una parte, sienten el ya mencionado asco por la sangre de los animales en sus comidas y, por la otra, toman precauciones extremas respecto con la sangre de la menstruación.

Tal como ocurre en muchos otros pueblos originarios, cuando experimentan su primera regla, las jóvenes yanomami deben ser recluidas fuera de la vista de los hombres del grupo. No hacerlo podría traer consecuencias funestas para ella, sus familiares o el pueblo entero.

En las siguientes menstruaciones no es necesario que la mujer se recluya, pero sí se les prohíben ciertas actividades a ella, a su

esposo o a las personas de su círculo más inmediato.

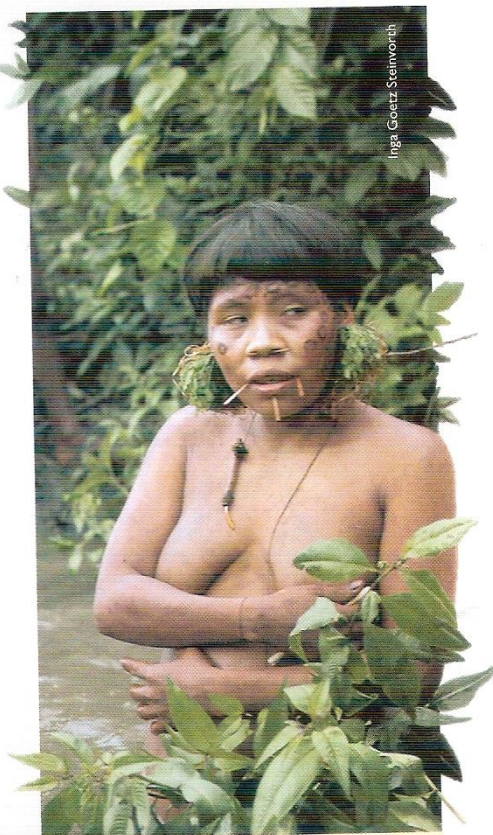
Uno de los relatos antiguos recolectados por Lizot indica que una chica salió de su reclusión antes de que terminara el período y, de inmediato, se desató una gigantesca inundación que reblandeció los suelos. La comunidad se hundió en el fango y todas las personas y sus pertenencias quedaron convertidos en piedra.

Otra alegoría señala que un hombre, a sabiendas de que su esposa tenía la menstruación, fue a recolectar miel, una de las actividades prohibidas en tales circunstancias. Las abejas lo atacaron sin misericordia, hasta que mutó en una de ellas.

Paradójicamente, otra leyenda yanomami relaciona el surgimiento de su estirpe con la sangre, pero no la de un animal o de un humano, sino la de la luna.

Se trata del relato de los hombres que hirieron a la luna, arrojándole flechas. Según esta historia fundamental del pueblo yanomami, de las gotas de sangre que cayeron del cielo, nacieron

los primeros hombres de esta etnia amazónica.



Cuando experimentan su primera regla, las jóvenes yanomami deben ser recluidas fuera de la vista de los hombres del grupo. No hacerlo podría tener consecuencias funestas para ella, sus familiares y el pueblo entero

El humo y las enfermedades

La florida historia mítica de los yanomami se teje como si fuera uno de sus trabajos de cestería. No queda muy claro si existe algún tipo de relación cronológica entre los sucesos relatados, pero sobresalen algunos elementos comunes.

Por ejemplo, uno de los más ricos relatos se refiere a la existencia de un par de gemelos que vivían muy tranquilos en un mundo en el cual no existían las enfermedades.

Como eran jóvenes e imprudentes se lanzaron Orinoco abajo y terminaron en poder de Õmayari, ser perverso que habita en los extremos este y oeste del horizonte selvático. La presencia de este demonio se hace evidente cuando aparece el arco iris, al que llaman hete kë misi, que puede traducirse como el *vientre de la tragavenado*.

Bajo el influjo de este ente, intentaron poseer a una mujer llamada Yoyoma. Para ello quemaron la planta oko shiki, que produce emanaciones espesas de poderes mágicos. Al hacerlo, se escaparon todos los shawara-këki, demonios causantes de las enfermedades,

que según las creencias de este pueblo, se encuentran en el humo.

Fue a partir de ese momento que los hombres comenzaron a sufrir dolores y malestares.

De esta forma, los relatos originarios se tocan, se superponen, se entrelazan.

Verbigracia, al encender el fuego es cuando se produce humo y éste contiene la enfermedades. Luego, se entiende que el uso del fuego haya convertido en mortales a los hombres.

En el mito también pueden encontrarse rasgos de información científica. Por ejemplo, tal vez, en efecto, algunos yanomami viajaron hacia la parte baja del Orinoco y regresaron enfermos luego de sus primeros contactos con individuos de otros pueblos que padecían males desconocidos hasta entonces para los grupos que estaban en la sierra Parima.

La convicción de que los demonios asedian en los confines de su territorio es una de las razones por las cuales el pueblo yanomami ha sido hasta ahora

uno de los más resistentes a la aculturación. Su negativa a relacionarse con los napë, junto a lo remoto de su hábitat ha permitido que sea uno de los pueblos más preservados en su esencia originaria.

Las otras creencias

Las misiones evangélicas y católicas que arribaron al Alto Orinoco a partir de la década de los 50, han tenido resultados nefastos para el acervo religioso yanomami, según estudiosos, como Jacques Lizot. También aborda el tema un libro de referencia obligatoria en la antropología venezolana, *El indígena venezolano en pos de su liberación definitiva*, de Esteban Mosonyi.

Se lanzaron Orinoco abajo y terminaron en poder de Õmayari, ser perverso que habita en los extremos este y oeste del horizonte selvático